

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

**BIBLIOTECA SELECTA ~
A. BARREIRO Y RAMOS**

Noticia crítica y selección
de lecturas
de acuerdo con el programa para
los cursos de la Universidad
de Montevideo

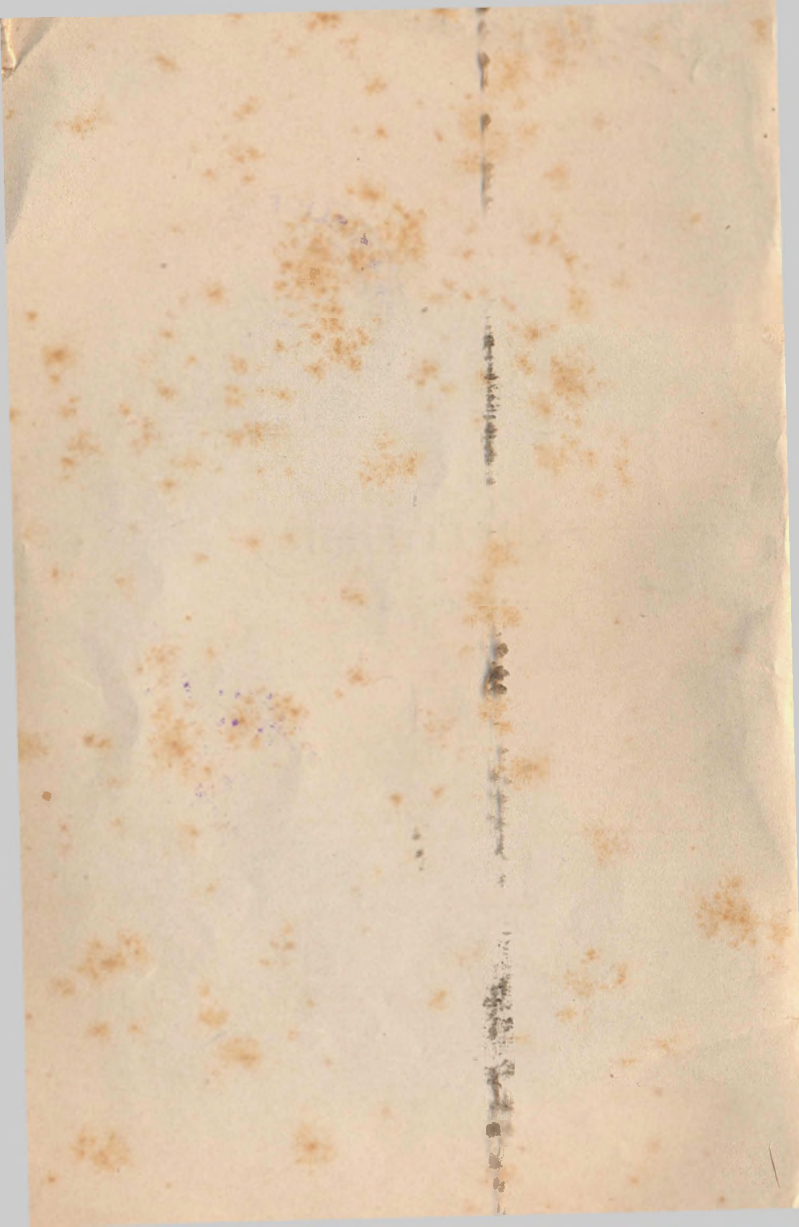
SCHILLER
SELECCIÓN

20 centésimos

MONTEVIDEO
1922



832.63
S



15-9 0' 40-2
ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

BIBLIOTECA SELECTA A. BARREIRO Y RAMOS

Noticia crítica y selección de lecturas
de acuerdo con el programa para los cursos
de la Universidad de Montevideo

SCHILLER
SELECCIÓN

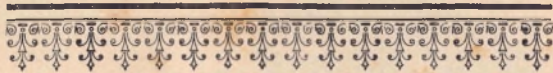
20 cts.



MONTEVIDEO

1922

36250



BIBLIOTECA SELECTA A. BARREIRO Y RAMOS

El objeto principal de estas ediciones selectas es facilitar el estudio de la Literatura tal como lo exigen los actuales programas para los cursos de la Universidad de Montevideo.

Para ello nos hemos trazado un plan estrictamente ceñido al que rige para los estudiantes de Literatura.

Cada cuadro de éstos contendrá:

1.º — Una noticia biográfica y crítica preliminar, que será encargada expresamente a distinguidos profesionales. Sobre la importancia de esta noticia no debemos insistir. Baste saber que sustituirá con ventaja a cuanto digan los otros textos de Literatura forzosamente limitados porque deben tratar en pocas páginas gran número de autores y:

2.º — Una selección escrupulosamente hecha entre la obra de cada autor, cuidando extraer lo característico, atendida a la opinión de los más autorizados críticos de Literatura.

Estudiantes y profesionales se darán cuenta muy pronto de la gran importancia de estas ediciones, llamadas a llenar un vacío lamentable.

LOS EDITORES.

SCHILLER

Juan Cristóbal Federico Schiller nació en Marbach, Wurtemberg, el 10 de Noviembre de 1759. El padre de Schiller, que era cirujano del ejército, fijó su residencia en Marbach, cerca de Stuttgart, casándose con Elisabeth Kodweis. Mas tarde radicóse en Larch, donde Schiller recibió las primeras lecciones del pastor Moser. Y por fin, la familia se trasladó a Ludwisburg. El padre del futuro poeta obligóle a éste a entrar a la Academia Militar de Carlos Eugenio de Wurtemberg.

En esa Academia Militar se cursaba desde el Derecho y la Medicina, hasta la Estrategia y las Bellas Artes. Tenía, pues, el joven Schiller campo para elegir las materias que mejor se ajustaran a su vocación.

Pero de entrada, lo inscribieron a la fuerza, en los cursos de Derecho. Y así, el soñador romántico, se vió obligado, contra su voluntad, a entendérselas con las áridas instituciones de Justiniano, y a acomodar su espíritu a la abstrusa interpretación de la ley.

Consiguió inscribirse en Humanidades, y el estudio de los clásicos griegos y latinos, fué compensación de las estériles lecciones de Derecho.

Cuando la Academia fué trasladada a Stuttgart, se anotó en los cursos de Medicina. En 1780 había terminado su carrera de cirujano y entraba en tal carácter a un regimiento de esa ciudad.

En el regimiento empezó a bosquejar “Los Bandidos”, que dos años después representaba en el Teatro de Mannheim.

El Duque Carlos Eugenio prohibió la representación de esa obra y la publicación de todo libro que no fuera de Medicina.

Una nueva representación de “Los Bandidos” le valió a su autor quince días de arresto, teniendo que huir a Mannheim.

Sin recursos y viéndose rechazado por todos, tuvo que vender los originales de “La Conjuración de Fiesco” por una miserable suma. En ese momento crítico de su vida, los antiguos amigos vinieron en su ayuda.

Wolzogen, amigo de la infancia, le ofreció su casa de Bauerbach, donde pasó Schiller

sus mejores días, escribiendo “La intriga y el amor”, los primeros principios de “Don Carlos” y “María Estuardo”.

En 1783 volvió a Manheim y representó allí, “La intriga y el amor”. Su drama “La Conjuración de Fiesco”, fué friamente acogido, pero triunfó, finalmente, en Francfort y en Berlín. En esta época conoce a Carlota Kalb, la que debió, más tarde, ejercer en su obra una gran influencia. Esa mujer apasionada se había enamorado perdidamente del poeta y esperaba obtener un divorcio para casarse con él. La amistad de Carlota Kalb le proporcionó relaciones de importancia. Conoce a Dora y Mina Stock y al novio de esta última, Körner. Schiller y sus nuevos amigos fundaron un cenáculo, bajo su dirección. Al poco tiempo se casan Mina Stock y Körner y éste lleva al poeta a vivir a Loschwitz, cerca de Dresde. En Loschwitz termina “Don Carlos”, que fué leído al príncipe Carlos Augusto de Sajonia - Weimar, el cual nombró a Schiller Consejero.

La mejor parte de su vida la pasa en Weimar, en ese entonces centro de la cultura alemana y residencia habitual de Goethe.

Allí conoce a la familia Lengefeld y se enamora de Carlota. Publica las traducciones de “Ifigenia en Aúlida” y de “Los Fenicios” de Eurípides. También se dedica a los estudios históricos y publica una “Historia de los Países Bajos”.

Con el apoyo de Goethe consigue que lo nombren profesor de Historia de la Universidad de Jena. Al poco tiempo recibe el nombramiento de Consejero Aúlido y una renta que le asegura la tranquilidad de sus últimos años.

En 1790 se casa con Carlota de Lengefeld y acaba su “Historia de la Guerra de los Treinta Años”. Por esta época publica una serie de estudios de estética y filosofía: “De las causas del placer en la tragedia”, “De la poesía ingenua y sentimental”, “Cartas sobre la educación estética del hombre”. En 1791, estrecha su amistad con Goethe. Colaboran juntos en “El Almanaque de las Musas”, en el que Schiller publica sus mejores baladas.

Goethe lo entusiasma para escribir un drama sobre Wallestein. De aquí nace la célebre trilogía que fué representada en el Teatro de Weimar. En esta época abandona Jena para

fijar su residencia en Weimar, al lado de Goethe y termina su drama "María Estuardo". Deseoso de restaurar con Goethe el buen gusto en el Teatro, traduce "Macbeth" y "Fedra" y adapta a la escena "Tarardof" de Gozzi.

Sus últimas obras las publica en 1803: "Juana de Arco", "La novia de Mesina", "Guillermo Tell", esta última que fué llamada por Goethe "la más alta expresión del Teatro Alemán" obtuvo un éxito enorme en Berlín. Ya en esta época el poeta estaba consumido por el mal que debía llevarlo a la tumba. Y al poco tiempo, muere...

La obra de Schiller es vasta y abarca casi todos los géneros literarios. Se pueden dividir sus obras en: líricas, históricas y dramáticas. A las primeras pertenecen todas las Baladas y algunos dramas que por el acento, son más líricos que dramáticos. Schiller cultivó el género, tan popular en Alemania de la Balada, similar al "lied". En esta forma de poesía popular sobresalieron, también, Uhland, Heine, Goethe, y en general, casi todos los líricos alemanes. Es un género de composición que se presta admirablemente para ex-

presar ese fondo de sentimentalismo y de ingenuidad que tiene el alma germana. Las Baladas de Schiller tienen un carácter más filosófico que las de los otros poetas de su tierra, y carecen, por lo tanto, de la gracia y de la ligereza, que requiere ese género de composición. Casi todas son sentenciosas y tienden a un fin moral. Las más conocidas son “Los dioses de Grecia”, “El deseo”, “El peregrino”, “El himno a la alegría”, “El anillo de Polícrates”, “El caballero Toggenbourg”, “El Conde de Habsbourg”, “La joven extranjera”, “El ideal de la vida” y “La Campana”.

Esta última es una de las más populares. En ella, Schiller describe las operaciones de la fundición de una campana. La mezcla del cobre en fusión con el estaño para hacer el vaciado, de la sal con la ceniza, y en fin, todas las manipulaciones del artesano para acabar esa campana que llama diariamente al creyente al toque de la oración y que nos comunica con su voz de cobre, las alegrías y las tristezas de la vida. Compara Schiller a la campana, desde su formación hasta que está concluída, con la vida de un hombre. Y

esas distintas faces de la operación comparadas con las etapas de nuestra vida le sugieren graves reflexiones filosóficas.

Sus obras históricas son: “La revuelta de los Países Bajos” y “La Historia de la Guerra de Treinta Años”. Estos dos libros, hoy olvidados, no tienen ningún mérito como fuentes de documentación histórica. Pero son interesantes desde otro punto de vista. En ellas, Schiller, luce un estilo elegante y poético, y a veces, en pocas líneas, nos pinta admirablemente un personaje, aunque no con una rigurosa fidelidad histórica. Tal por ejemplo, la silueta de Gustavo Adolfo en su “Historia de la Guerra de los Treinta Años”.

La fama de Schiller proviene de sus obras dramáticas. Escribió “Los Bandidos”, “La intriga y el amor”, “La Conjuración de Fiesco”, “Don Carlos”, “Wallstein” (Trilogía), “María Estuardo”, “La doncella de Orleans”, “La desposada de Mesina” y “Guillermo Tell”.

El primer drama que escribió Schiller fué “Los Bandidos”. Esta obra gozó de tanta popularidad en Alemania como Werther, y fueron muchos los jóvenes románticos que

abandonaron sus hogares para darse a la vida de los salteadores. El Conde Maximiliano de Moor tiene dos hijos, Carlos y Francisco. Francisco, trama apoderarse de toda la fortuna de su padre y de seducir a la novia de Carlos. Para esto falsifica una carta en que Carlos confiesa sus crímenes y éste desesperado por el abandono de su padre, se hace capitán de una banda. Al frente de ella llega al castillo paterno y encuentra a su padre encerrado y a punto de perecer. Francisco se mata al verse descubierto, pero Carlos, no puede conseguir salvar a su novia.

“Don Carlos” publicado en 1787 es uno de los dramas más populares de Schiller. El argumento fué sacado de la Historia de España. En este drama apenas se vislumbra la figura de Felipe II. El príncipe Don Carlos enamorado secretamente de Isabel de Valois provoca la desconfianza del rey, que descubre por intermedio de la princesa de Eboli, los planes de la traición del infante. El drama termina con la muerte de “Don Carlos”, a quien no perdona el inflexible y cruel Felipe II. La trama es larga y engorrosa y está llena de episodios secundarios.

Con el nombre de Wallestein, Schiller, publicó en 1798, una trilogía que se compone de: “El campo de Wallestein”, “Los Piccolomini” y “La muerte de Wallstein”. La primera pieza es una serie de escenas en el campamento de Wallstein. En “Los Piccolomini” Wallstein trata de hacerse dueño de Alemania. Necesita para realizar su plan la alianza del duque de Friedland. Pero éste, que es un irresoluto se retira a Bohemia, y espera el desarrollo de los acontecimientos. Entonces los jefes de Wallstein conciben un plan para obligarlo a entrar en alianza. En una fiesta someten a la firma de los generales un texto falsificado, en el que han introducido una cláusula por la cual los tenientes de Wallstein, se comprometen a permanecer fieles, en caso de ruptura con la corte de Viena. Uno solo los traiciona: Octavio Piccolomini. Al margen de estos sucesos se desarrolla el idilio de Maximiniano Piccolomini, hijo de Octavio y Tecla, hija de Wallstein. Con “La muerte de Wallstein” termina la famosa trilogía. Los planes de Wallstein han caído en manos del Emperador. Piccolomini conquista a los generales y soldados de Walls-

tein y éstos lo abandonan. El último en defec-
cionar es Butler. Abandonado por todos,
Wallstein, se ve obligado a refugiarse en la
fortaleza de Egra, donde lo asesinan sus ene-
migos.

“María Estuardo”, publicada en 1800, es
un drama en el que todo el interés se recon-
centra en la famosa reina de Escocia. Las
escenas de odio, de crueldad y de persecución
religiosa menudean en esta obra. Schiller pa-
rece interesado en acentuar el perfil de cruel-
dad de la Reina Isabel. En “La doncella de
Orleans” que es una protesta contra “La
doncella” de Voltaire, Schiller nos pinta una
Juana de Arco alemana. Más guerrera que
mística, muere en el campo de batalla, ro-
deada del rey, de la corte y del Duque de
Borgoña. El argumento de la desposada de
Mesina es muy semejante a la leyenda griega
de Etíocles y Polinice. En esta época Schiller
se había inclinado hacia el helenismo y com-
partía con Goethe, su entusiasmo por los trá-
gicos griegos. “Guillermo Tell”, que ha sido
llamado “El canto del cisne” de Schiller,
es sin duda uno de sus mejores dramas. La
independencia de Suiza, el héroe popular

Guillermo Tell y la leyenda de la manzana, han sido tomados por Schiller como *leiv motiv*, de una de las creaciones más geniales del arte dramático.

Ildefonso Pereda Valdés.



BIBLIOGRAFÍA

Las principales ediciones alemanas de Schiller son: las de Stugart, Leipzig, Viena y la célebre de Cotta. Al francés ha sido traducido por Marmier, “Poesías y Teatro”, Baraile, “Teatro” (1821), “La Historia de la guerra de los Treinta Años” por Chamfeu, Mailher de Chassat (1821), y la Baronesa de Carlwitz.

Las principales traducciones españolas son: la de Gerardo de la Puente: “Guerra de los Treinta Años”; José Ixart, “Dramas”, Biblioteca de Artes y Letras, E. Mier, “Obras Dramáticas”.

GUILLERMO TELL

ESCENA, III.

(Un prado, cerca de Aldorf, árboles, en el primer término del fondo, y detrás, un sombrero en el extremo de un palo. El Bauberg limita por detrás el horizonte y se alza sobre una cadena de montañas un pico cubierto de nieve).

RUDOLFO. — ¡Deja que te vende los ojos, muchacho!

GUALTERIO TELL. — ¡Por qué los ojos? ¡Creéis que tengo miedo de la flecha disparada por la mano de mi padre?. La esperaré con firmeza y no pestañaré. ¡Pronto, padre; prueba que eres buen ballestero! No tiene en tí confianza, y se lisonjea de perdersen. ¡Tira y acierta, para afligir a este hombre cruel! (acércase al tilo y le ponen la manzana en la cabeza).

MELCHTHAL. — (a sus compatriotas) ¡Cómo? ¡Se cometerá este crimen en nuestra presencia? ¡Para qué sirven nuestros juramentos?

STANFFACHER. — ¡Es inútil! No tenemos armas. Observad las innumerables lanzas que nos rodean.

MELCHTHAL. — ¡Oh! ¡Si hubiéramos realizado en seguida nuestro plan! ¡Que Dios perdone a quienes aconsejaron su aplazamiento!

GESSLER. — (A Tell). ¡A la obra! No se usan armas impunemente. Es arriesgado llevar un instrumento de muerte y la flecha se vuelve a veces contra el que la dispara. Este derecho orgulloso, que el labrador se arroga ofende al señor supremo del territorio. Sólo debe usar armas el que manda. Si os envaneceís, pues, de no separaros de vuestro arco y de vuestras flechas. ¡Sea en buena hora! Yo os proporcionaré blanco.

TELL. — (tiende la ballesta y pone en ella una flecha). — ¡Apartaos! ¡Plaza!

STAUFFACHER. — ¿Cómo, TELL? Quereís.. Jamás.. tembláis.. vuestras manos están trémulas, vuestras rodillas vacilan.

TELL. — (que deja caer la ballesta). ¡No ven claros mis ojos!

LAS MUJERES. — ¡Dios del cielo!

TELL. — (Al gobernador). ¡Líbrame de este suplicio! ¡Aquí está mi corazón! (descu-

briendo el pecho). Llamad a vuestros caballeros para que me maten.

GESSLER. — Para nada quiero tu vida, sí, tu tiro. Sí; todo lo puedes, Tell, nada te asusta; manejas el remo como la ballesta. Ninguna borrasca te amedrenta, cuando se trata de salvar a alguno. Sálvate ahora a tí mismo, Salvador. Tú salvas a todos los demás. (Tell sufre tremenda lucha; sus manos tiemblan y sus ojos se dirigen, ya al gobernador, ya al cielo. De improviso coje su careax y saca de él una flecha y la esconde en su seno. El Gobernador observa todos sus movimientos).

GUALTERIO TELL. — (Bajo el tilo) ¡Tira, padre! ¡No tengo miedo!

TELL. — Es preciso. (Se reanima y se dispone a tirar).

RUDENZ. — (Que, mientras tanto, se ha dominado con trabajo, presa de la más violenta agitación se levanta). Señor Gobernador, no ireís más allá, no... era sólo una prueba... habéis conseguido vuestro fin... El extremado rigor es enemigo de la prudencia, y el arco, demasiado tendido se rompe.

GESSLER. — Callaos hasta que os mande hablar.

RUDENZ. — Quiero y debo hablar. La fama de mi rey es sagrada para mí y esta conducta sólo odio conceita. No es este el deseo del soberano... Me atrevo a sostenerlo... Mi pueblo no merece castigo tan cruel y no tenéis facultades para inflingirlo.

GESSLER. — ¡Ah! ¡Os atrevéis!

RUDENZ. — He callado hasta ahora entre tanto abuso como he presenciado. Híceme el ciego, viendo y he encerrado en mi pecho mi indignación y mi ira; pero guardar más silencio, sería una traición a mi patria y a mi Emperador.

BERTA. — (Que se interponga entre Rudenz y el Gobernador). ¡Oh! Dios. ¡Irritáis más a este furioso!

RUDENZ. — He abandonado a mis conciudadanos, a mis parientes, a todos lazos naturales, para servir tan sólo... Creía obrar bien, consolidar el poder del Emperador... La venda cae ya de mis ojos... Temblando me veo arrastrado al borde del abismo. Habéis pervertido mi juicio, libre en su origen, y emponzoñado mi corazón, antes sano... Háblame próximo, con la mayor voluntad del mundo, a perder a mis compatriotas...

GESSLER. — ¡Te atreves, oh temerario, a hablar así a tu señor?

RUDENZ. — El Emperador es mi señor, no vos... libre he nacido yo aquí, como vos, y os soy igual en todas las cualidades de caballero. Y si no estuvierais aquí en nombre del Emperador, a quien yo honro, cuando vos lo ultrajáis, arrojaría aquí el guante, en vuestra presencia, y habrías de darme satisfacción con arreglo a las leyes de caballería... Sí; haced señales a vuestros soldados, no estoy sin arma, como los que. (Indicando al pueblo). Tengo una espada, y el que se me acerque...

STAUFFACHEL. — (Gritando). ¡La manzana ha caído! (mientras se volvían todos hacia el gobernador y Rudenz, separados entre sí por Berta, Tell ha tirado la flecha).

ROSSELMANN. — ¡El niño vive!

MUCHAS VOCES. — ¡La manzana ha caído! (Gualterio Furts vacila y está a punto de desmayar. Berta le sostiene).

GESSLER. — (admirado) ¡Ha tirado? ¡Cómo? ¡este insensato?..

BERTA. — El niño vive. ¡Tranquilizaos buen padre!

THAZIN

GUALTERIO TELL. — (Que llega saltando con la manzana). ¡Aquí está la manzana, padre!. Ya sabía yo que tú no herirías a tu hijo. (Tell está con el cuerpo inclinado, como si quisiera seguir la flecha disparada; deja caer en tierra la ballesta; cuando ve venir al niño corre a su encuentro con los brazos abiertos, y lo estrecha con efusión sobre su pecho, en esta situación está a punto de desmayarse).

BERTA. — ¡Oh Dios misericordioso!

FURST. — (Al padre y al hijo). ¡Hijos, hijos míos!

STAUFFACHER. — ¡Loado sea Dios!

LENBHOLDO. — ¡Tiro ha sido! Siempre se hablará de él.

RUDOLFO. — Se recordará a Tell, el ballestero, mientras duren estas montañas. (Entrega al gobernador la manzana).

GESSLER. — Le ha dado en el centro. Ha sido un tiro maestro, digno de alabanza.

RÖSSELMAN. — Bueno fué el tiro; pero ¡ay de aquél que lo ha forzado a tentar a Dios!

STAUFFACHER. — ¡Reanimaos Tell! Levantaos, os habeis portado varonilmente, y ahora, con toda libertad, podreis regresar a vuestra casa.

ROSSELMANN. — Andad, andad, llevad ese niño a su madre. (Intentan llevárselo).

GESSLER. — ¡Oye, Tell!

TELL. — (Volviendo atrás). ¿Qué mandáis, señor?

GESSLER. — Ocultáis una flecha en tu pecho... Sí, sí lo sé bien... ¿Con que objeto?

TELL. — (Confuso). Señor es costumbre usada por los ballesteros.

GESSLER. — No, Tell, no es verdad. Otro ha sido tu objeto. Dime la verdad libre y francamente, Tell. Sea lo que fuese. Te garantizo la vida. ¿Para qué esa segunda flecha?

TELL. — Bien, señor; puesto que me aseguráis la vida... os diré toda la verdad. (Saca la flecha del seno y larga al gobernador una mirada terrible). ¡Con esta segunda flecha hubiera atravesado... a vos, si hiriere antes a mi hijo querido, y la vuestra... de seguro no hubiera errado el blanco...

LA CANCIÓN DE LA CAMPANA

Vivos Voco. Mortuos Plango.
Fulgura Frango.

Bajo tierra reposa sólidamente encerrado el molde de arcilla cocida. — Hoy es el día en que debe nacer la campana. — Pronto, compañeros, cada uno a su puesto. — Que corra en gotas calientes el sudor — si queréis que la obra alabe al obrero. — El éxito vendrá después.

Cojed la madera del tronco de los pinos — pero elegidlos bien secos — para que la llama se eleve y se extienda desde el fondo del crisol. — En cuanto hierva el cobre en fusión traed pronto el estanco — para que el duro metal de la campana nos dé un buen vaciado.

Veó subir las blancas burbujas. — ¡Bien! — la masa está en fusión; — mezclad la sal con la ceniza, — que la fundición sea vivamente activada. — Que la mezcla esté

libre de espuma, — para que el metal con su voz pura y plena resuene.

¡Como se ponen ya oscuros los tubos! — Voy a sumergir esta rama en el crisol: si sale cubierta de una capa vítrea será el momento de vaciar. — Y ahora, ¡alerta! — ¡Compañeros! Ensayad la mezcla y ved si el metal duro con el dúctil se han unido, en feliz símbolo.

¡Bien! Se puede ya comenzar a vaciar. — Pero antes dirijamos una piadosa oración. — ¡Destápanse los conductos y que Dios proteja al molde! — Oh, como las olas de fuego se precipitan en el espacio que se abre.

La tierra ha recibido el metal y el molde se ha llenado felizmente; pero; ¿veremos al fin recompensado nuestro celo y nuestra actividad? — ¿Si la fundición no hubiera salido bien? — ¿Si el molde se rompiera? — Tal vez, tal vez, ¡ay! mientras nos abandonamos a la alegría la desgracia nos ha castigado.

Mientras la campana se enfría suspendamos nuestra dura labor, y que cada cual se divierta como el ave entre el follaje. — A los primeros vislumbres de las estrellas, el servidor libre de cuidados, oye con alegría dar la hora de la tarde; pero para el amo no hay descanso.

Ahora, que se rompa el molde — su papel ha terminado. — Es necesario que el espíritu y los ojos gocen de la obra recién hecha. — Levantad el martillo un golpe... otro..., que la envoltura caiga a pedazos si queréis que la campana salga a la luz del día.

Oh ¡que alegría nos ha dado Dios! ¡Ved como la campana desprendida de la arcilla reluce como una estrella de oro! — ¡Cómo desde el vértice hasta el borde resaltan bien las armas bajo los rayos del sol y atestiguan la habilidad del operario!

Ahora, traed los cables para que la campana salga del foso y se levante en el aire, en el imperio del sonido. — Tirad. ¡Ya se

pone en movimiento.. se cierne!.. ¡Que sus primeros sonos sean de alegría, de paz para nuestra ciudad!

COLÓN

¡Animo, valiente navegante! aunque pongan en ridículo tus esperanzas, aunque el cansancio rinda los brazos de tus marinos... ¡Sigue adelante! ¡Siempre al poniente! Esa orilla que tú has adivinado, pronto se aparecerá en todo su esplendor. Pon tu confianza en el Dios que te guía y adelántate sin miedo sobre ese mar inmenso y silencioso.

Si ese mundo no existe, va a brotar de las olas expresamente para tí, pues hay un vínculo eterno entre la naturaleza y el genio, que hace que aquélla cumpla siempre lo que éste promete.

LA MAGNITUD DEL MUNDO

¡Quiero recorrer con las alas del viento todo lo que ha sacado del Caos el Eterno, hasta que llegue a los límites de esa mar inmensa y que deje caer el ancla allí donde se cesa de respirar, donde ha puesto Dios los mojones de la creación!

Veo ya de cerca las estrellas con todo el brillo, las veo que recorren su carrera milenaria a través del firmamento, para alcanzar el término que se les ha asignado; me remonto más arriba... ¡Ya no hay más estrellas! Me arrojo animosamente en el imperio del vacío; mi vuelo es rápido como la luz... Aparecen nuevas nubes, un universo nuevo, tierras y ríos.... De repente, en un camino solitario, un peregrino se me acerca: "Párate, viajero, ¿dónde vas? — Voy a los límites del mundo, allá donde se cesa de respirar, donde ha puesto Dios los mojones de la creación. — ¡Párate! en vano andarías: el infinito está delante de tí. ¡Oh, mi pensamiento, cierra tus alas de águila! y tú,

imaginación audaz, aquí es donde es menester echar anclas.

LA CIENCIA

Para éste, es la divinidad poderosa, la divinidad celeste; para este otro, es una buena vaca que lo provee de manteca.

KANT Y SUS EDITORES

Ved como un solo rico nutre a los mendigos, cuando los reyes construyen, los obreros tienen trabajo.

LA ALIANZA DIFICIL

¿Por qué el gusto y el genio se reúnen tan raramente? Aquél teme la fuerza, este desprecia la regla.

CORRECCIÓN

Escapar a la censura es a la vez lo que hay de más elevado y vulgar. No se escapa a la censura más que por la grandeza o la impotencia.



EDICIONES SELECTAS

A. Barreiro y Ramos

PUBLICADOS

CAMÕES

ESQUILO

GOËTE

SCHILLER

APARECERÁN EN BREVE

Tolstoy
Ibsen
France
Fort
Voltaire
Rousseau
Byron
Chateaubrian
Musset
Becquer
Balzac
Zola
Verlaine

Baudelaire
Petrarca
Dante
Fray Luis de León
Rabelais
La Bruyère
Aristófanés
Plutarco
Cicerón
Virgilio
Horacio
Tácito, etc., etc.
